

Buenas Tardes

Resurrección por la literatura

Por HORACIO HERNANDEZ ANDERSON



La muerte de Alfredo Gómez Morel, ocurrida en la indigencia y rescatado su cuerpo de la Morgue, en Santiago, cierra el círculo de una existencia tan dolorosa y contradictoria como novelesca. Con elementos autobiográficos no le fue difícil extraer todo el material que requería para la principal de sus obras, "El Río", como personificación del ambiente que rodea a la niñez desamparada, en cuyo desarrollo —con pasajes sórdidos y actuaciones delictuales— se refleja también una parte importante de las hipocresías sociales y la debilidad de algunas de sus instituciones.

Pero desde aquella triste condición, el llamado del escritor —como en un doblaje de su propia conciencia, sujeto y objeto a la vez— le habrá de servir a Gómez Morel, por encima de cualquier otro éxito, a manera de "catarsis" para encontrar, junto con los primeros tanteos literarios, el camino que lo conducirá a su rehabilitación moral. O sea, su vocación constituyó, en la intimidad, su mejor terapia; y ello porque el proceso se dio a pausa, donde la imagen no era posible que sufriera más alteraciones y él mismo necesitara entonces reconocerse en medio del sufrimiento, la angustia, la humillación, la impotencia, el desengaño... y con las pobres y postergadas ilusiones!

No se da en "El Río" el determinismo ciego, y el lector es dueño de pensar que la víctima, por lo menos en parte, contribuye a su propio y adverso destino. La etiología del delito puede buscarse en esas páginas como producto del ambiente, con la lógica del hampa que no excluye su propio código de honor y la defensa del grupo; pero parece entreverarse también la injusticia social con las inclinaciones malsanas del individuo en particular, sumido en la orfandad afectiva. "Según ella —una monjita— era yo la reencarnación del diablo. Ponia mucho de mi

parte para alimentar esa creencia: era sucio y feo".

Sin nombre, abandonado desde el nacimiento, toda la primera etapa de la existencia del protagonista de "El Río" es una presa disputada entre el orfanato, la cárcel y el reformatorio para saber "si obró con discernimiento". Los juegos y habilidades del niño se han trocado, a temprana edad, en lo que llamaríamos —simplificando mucho los términos— "actitudes antisociales", pero agravadas con un fondo obscuro de amoralidad o perversión. El Río lo simboliza todo: libertad, riesgo, aventura, lujuria... Y pronto el escritor aparece asomado a su propio espectáculo, descubierta ante sí mismo con el peso y odioso fardo de sus malos hábitos: "Sé que sólo he dejado de ser ladrón, más no por eso soy un buen o mal chico", confiesa. "Sigo siendo brusco, vanidoso, violento y destructivo. Deseo, eso sí, que la sencillez, el amor y la humildad penetren en mi corazón. Me complace saberlo. Antes no tenía esos deseos".

Alfredo Gómez Morel se dio a conocer cuando obtuvo, en 1960, el primer premio en un concurso literario organizado por la Sociedad de Escritores de Valparaíso. Llegó a ser de todo un poco: delincuente internacional y "guardaespaldas", entre otros afanes. Pablo Neruda prologó la edición francesa de su libro "El Río" diciendo de él que era: "Clásico de la miseria que ha sabido volver del delito", pero esta rehabilitación le permitió apenas mendigar un puesto de "sereno o guardián", hace cuatro años... Al coraje que significó "volver del delito" por obra del escritor y merced al apoyo de auténticos profesionales y amigos suyos, no se tiene, sin embargo, como contrapartida, la dimensión acusadora de su pluma para lograr una reacción social de alto vuelo. ¡Sería una lástima que se confundiera esa labor bajo la denominación de "inmoral novelaría"!